

¡EL SOL EN EL CIELO!

2º-3º

Hace mucho, mucho tiempo vivía en un pequeño pueblo italiano un joven llamado Giovanni. No tenía ni padre ni madre y siempre iba vestido con harapos. Para conseguir su sustento diario debía mendigar y pedir limosna, y dormía debajo de los puentes o en los portales de las casas.

Pero Giovanni era feliz porque podía hacer algo que no podían los demás muchachos de su pueblo: hacer juegos malabares.

Cada día se acercaba al mercado, al puesto de verduras y frutas del señor Baptista y allí enseñaba su arte a todas las personas que querían aprenderlo.

Podía hacerlo con naranjas y limones, y también con manzanas e incluso con pimientos; siempre, llegaba gente de todas partes para verle; y siempre, cuando Giovanni había acabado de actuar, la gente compraba sus verduras y frutas en el puesto del señor Baptista. Después la señora Baptista le regalaba un plato de sopa caliente. y así quedaban todos contentos.

Una tarde llegó al pueblo un pequeño grupo circense y al verlos, Giovanni se maravillaba de sus bonitos vestidos, de sus cantos y de sus bailes.

-*"Oh"*, decía Giovanni, *"así quiero yo también vivir"*.

Y un buen día, cuando la representación había terminado, Giovanni habló con el director del circo.

-*"No, no"* le dijo éste, *"de trotamundos no quiero saber nada. Ve a pedir a otra parte"*.

-*"Pero yo soy muy habilidoso"*, contestó Giovanni. *"Puedo ayudar a empacar y a desempacar las cosas y me puedo dedicar a cuidar el burro; además, señor, puedo hacer juegos malabares"*

Y le enseñó su arte.

-*"No está mal"*, opinó el director observando a Giovanni.

-*"Con un poco de práctica... Está bien, pero no recibirás sueldo. Sólo un sitio donde dormir y un plato de comida al día. Al fin y al cabo perteneces ahora al mejor grupo circense de Italia."*

-*"Muchas gracias"*, dijo Giovanni.

-*"Ahora vete y busca tus cosas. Partimos dentro de una hora"*, añadió el director.

Giovanni se despidió del señor y de la señora Baptista y se marchó a correr mundo con el grupo.

Al poco tiempo recibió un vestido y empezó hacer malabares para el público. Se pintaba la cara como un payaso y antes de empezar la función se ponía delante del escenario, saludaba, abría un colorido saco, extendía una alfombra y empezaba con la función.

Hacía malabares con palos y platos. Después ponía los platos sobre los palos y los hacía girar. También hacía malabares con bolos y anillos, e incluso con antorchas encendidas. Al final lanzaba a lo alto una bola roja y otra naranja. Después otra amarilla, una verde, otra azul y una violeta, hasta que tenía todas en el aire formando un arco-iris.

-*"Y ahora, el sol en el cielo!"*, decía él.

Mientras Giovanni hacía estos malabares sacaba de su bolsillo una bola dorada brillante y la lanzaba alto y más alto, cada vez más rápido. Y el público le aplaudía emocionado.

Giovanni se hizo muy famoso, y no pasó mucho tiempo hasta que se despidiera del grupo circense para actuar solo por el mundo.

Viajó por toda Italia y a pesar de que su vestimenta cada vez era más colorida y bonita, conservó su máscara de payaso.

Un día hacía malabares para un conde, otro día para una princesa, y siempre hacía lo mismo: primero los palos, luego los platos, después los bolos, los anillos y las antorchas; y al final el arco-iris con las pelotas de colores.

-*"Y ahora, el sol en el cielo!"*, gritaba, y la pelota dorada subía y subía a lo más alto y el público reía y aplaudía entusiasmado.

Un buen día Giovanni estaba sentado a la orilla de un camino bajo la sombra de un árbol y comía un pan con queso. En esto pasaron por allí dos monjes.

-*"Dinos, buen payaso, ¿no quisieras compartir con nosotros tu comida?"*, le preguntaron.

-*"Dios te lo pagará y nuestro hermano Francisco te bendecirá"*.

-*"Sentaos, hermanos"* contestó Giovanni. *"Tengo más de sobra"*.

Mientras los tres hombres comían, los monjes relataban su forma de ir por la vida, yendo de ciudad en ciudad pidiendo comida y predicando el amor de nuestro Señor Dios.

-*"Nuestro fundador, el hermano Francisco, dice que todo lo que se hace en la vida es para aumentar la gloria de nuestro Señor. También tú, con tu arte de hacer malabares contribuyes a ello"*, añadieron los monjes.

-*"Eso es válido quizás para hombres como vosotros, pero yo hago malabares sólo para alegrar a la gente"*, dijo Giovanni.

-*"Justo a eso nos referimos"*, contestaron los monjes.

-*"Cuando tú haces reír y disfrutar a la gente, haces crecer con ello la gloria de nuestro amado Señor"*.

-*"¿Si vosotros lo decís...!"*, opinó Giovanni riendo, *"...entonces será verdad. Bueno, ahora debo seguir mi camino. ¡Arrivederci buenos hermanos y mucha suerte!"*

Y allí donde Giovanni llegaba, allí hacía volar sus palos y sus platos, sus bolos, sus anillas y sus antorchas. Y siempre le seguía el arco-iris y "el sol en el cielo", con las pelotas de colores. La gente le seguía aplaudiendo.

Los años fueron pasando. Giovanni se hizo mayor y llegaron los tiempos difíciles. El público ya no se paraba a mirar y a reír.

-*"¡Bah!, es el viejo payaso, el que hace malabares. Ya lo hemos visto!"*, decía la gente.

Giovanni ya no era feliz, pero seguía haciendo malabares hasta que un día tiró a lo alto "el sol en el cielo", el arco-iris se derrumbó en el aire y el público a empezó a reírse; pero esta vez, no de alegría. Esta vez la gente hizo algo terrible: lanzó a Giovanni tomates y piedras, de tal forma que tuvo que salir huyendo para salvar su vida.

A la orilla de un río lavó la pintura de su cara guardó sus utensilios y de trabajo: los palos, platos, anillas, etc. Se quitó el vestido de payaso y dejó de hacer malabares para siempre.

El poco dinero que tenía lo gastó en comida; sus ropas terminaron siendo harapos y al final tuvo que mendigar para comer. Volvió a dormir bajo los puentes o en los portales de las casas, tal como había hecho en su juventud.

-*"Ya va siendo hora de volver a casa"*, se dijo un día aquel viejo hombre, y se marchó andando a su pueblo.

Era una fría tarde de invierno cuando por fin llegó; corría un viento muy fuerte y caía una lluvia fría como el hielo. Delante de él se alzaba la iglesia del convento. Las ventanas estaban a oscuras pero la puerta estaba abierta. El viejo Giovanni entró y se acurrucó, muerto de frío, en un rincón. Entonces se durmió.

De pronto una música le despertó. La iglesia se iluminó con luz de velas y estaba llena de personas que cantaban el ¡Gloria, Gloria!.

Giovanni no podía creer lo que sus ojos veían: *¡qué esplendor!*

Una larga procesión de monjes, sacerdotes, monjas y fieles llegaba del pueblo y entraba en la iglesia. Cada cual portaba un valioso regalo consigo y lo colocaba delante de una de una figura; era la figura de una mujer con un niño en brazos.

-*"¿Qué pasa aquí?"* preguntó Giovanni a una señora que estaba cerca suyo,

-*"Hoy es el día de la fiesta del santo Niñito y en la procesión cada cual le trae un regalo"*.

Muy sorprendido, Giovanni observó todo hasta que acabó la ceremonia. La gente abandonó la iglesia y de nuevo quedó todo oscuro; sólo permaneció con luz de las velas la

imagen de la Señora con el Niño. Giovanni se acercó a ella y observó que la cara del pequeño mostraba seriedad y rigidez.

-*"Oh", dijo Giovanni, "yo quisiera tener algo para regalarte. Tu Niño parece estar tan aturdido a pesar de todos estos bonitos regalos. Pero espera, yo antes hacía reír a la gente".*

Giovanni abrió la bolsa que tenía consigo y sacó su vestido de payaso. Luego se pintó la cara, desenrolló la alfombra y empezó a hacer malabares.

Primero los palos, después los platos. Luego dejó rodar los platos sobre los palos para seguir haciendo malabares con los bolos y anillas.

Uno de los monjes que iba a cerrar la puerta de la iglesia vio a Giovanni haciendo su función delante de aquella imagen; salió corriendo a avisar a los demás monjes, aunque Giovanni no notó nada.

-*"Y ahora" dijo Giovanni riendo al Niño, "primero la pelota roja, luego la de color naranja, después la amarilla... y la verde, la azul y la violeta".*

Giovanni movía las pelotas a lo alto y cada vez más rápido hasta que aquello parecía un arco-iris.

-*"Y ahora", gritó Giovanni, "el sol en el cielo!"* La pelota dorada rodó y rodó cada vez más alto. Giovanni no había hecho malabares tan bellamente en toda su vida. Más alto y más rápido, más rápido. Los colores bailaban en el aire. Era un maravilloso espectáculo. El corazón de Giovanni palpitaba fuertemente.

-*"¡Para ti, querido Niño, para ti!"* gritó cada vez más fuerte.

De repente el corazón de Giovanni dejó de latir. Giovanni cayó redondo al suelo y los monjes acudieron al lugar. Uno de ellos se inclinó sobre el anciano y dijo:

-*"Oh. El viejo payaso ha muerto. Que su alma descanse en paz"*

Pero aquel mismo monje, al levantarse después, se quedó petrificado y con boca abierta, mirando a la imagen de la Señora con su Niño.

-*"¡Mirad!",* dijo señalando con su mano a la imagen, *"¡mirad!"*.

El niño estaba riendo y en su mano sostenía una bola dorada.

Aportación de Mar García S.